

berga donde nosotros queremos. ¿Cuántos son los altares desaliñados? ¿cuántas las iglesias desguarnecidas? ¿cuántos los lugares abyectos y miserables que repugnarían á nuestra delicadeza? en los cuales sin embargo él reposa, predica y pregona altamente su pobreza!...

Nuestro Señor es el modelo cumplido de las edades; porque recorrió toda la escala de la vida humana, dejando á cada edad ejemplós que imitar.

Fué infante, y aun no puede hacer uso de sus piés cuando ya se presenta en el templo de Jerusalem á ofrecerse á su Padre. Su vida durante esta edad primera se compendia en estas palabras: *En la cacería de mi libro se halla escrito: hème aquí que vengo, Señor y Padre mio, para cumplir tu santa voluntad.* En iguales términos debe compendiarse la vida del niño cristiano, y el uso primero de su razon debe ser una ofrenda de sí mismo y de su vida entera: á Aquel que se la dió. En la Eucaristía, donde diariamente se encarna en las manos del celebrante, todavía repite el Salvador, despues de su misterioso nacimiento, las propias palabras: ¡ Señor, hème aquí que vengo para cumplir tu santa voluntad!

Durante su mocedad trabaja y obedece, resumiéndose su vida en estas palabras: *En trabajos me hallé desde la infancia.* Trabajaba y obedecía con la mira puesta en Dios: tal es el evangelio de su juventud; evangelio vivo siempre patente á nuestra vista. En la sagrada Eucaristía las ocupaciones del Salvador son numerosas y continuas: orar, adorar, implorar favor, hablar á nuestros corazones, excitar nuestro remordimiento, reforzar nuestra flaqueza, disipar nuestros errores, aclarar nuestras dudas, consolar nuestros dolores; hé aquí su trabajo, trabajo de día y noche que dura hace diez y ocho siglos en todos los puntos del globo.

En la edad viril fatigase sin tregua y sin descanso, porque tiene que consumir una grande obra, la salvacion del mundo, y su vida se resume en estas palabras: *Cansado estaba del camino y pasaba la noche orando.* Orar y trabajar para llenar la voluntad de Dios; hé aquí el modelo, mejor dicho, la condenacion de la edad madura. En ella, en efecto, ya no se reza, ya no se trabaja para Dios, sino para la tierra; los negocios, los negocios, y siempre los negocios, es decir, las bagatelas de la vida, los castillos de naipes que el soplo de la muerte echa abajo á cada momento, esto es lo que absorbe la atencion, los cuidados y la vida del hombre ya formado. Sin

embargo nó se faltan ejemplares de una conducta totalmente contraria, y nuestro Señor nó cesa de dárselos en la Eucaristía, clamando en su universal desnudez desde el fondo del tabernáculo: ¿De qué sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma? ¡Insensato! tal vez esta noche vengan á reclamártela, ¿y para quién serán los caudales que has juntado? Imita á tu modelo; trabaja como él para tu salud, busca ante todo el reino de Dios, y lo demás se te dará por añadidura.

En sus últimos momentos, la proximidad de la muerte léjos de mitigar el celo del nuevo Adán, parece comunicarle nuevos bríos, y esta parte de su vida se precisa en las siguientes palabras: *Habiendo amado á los suyos que en el mundo estaban, los amó hasta el fin.* En ninguna ocasión fueron mas tiernas é instructivas sus conversaciones: entrañables despedidas, bendiciones abundantes no cesan de salir de su divina boca hasta la hora suprema en que, modelo cumplido del hombre, para quien nada es el universo y Dios lo es todo, pronunció estas palabras, últimas que deberán articular los labios del cristiano moribundo: ¡ Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Hé aquí el dechado de aquellos que sientan llegar su última hora, cuya vida deberá resumirse á su fin como la del Salvador en estas palabras: *Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.*

Si amarlos, no como hace el hijo del viejo Adán que al dejarlo todo solo piensa en el oro, en la plata y en las haciendas de que se apoderarán codiciosos herederos: en vez de consagrar sus últimos instantes á edificar á los suyos, bendecirlos y recomendarse él mismo á Dios, á cuya presencia va á parecer, en vez de pensar en la eternidad cuyas puertas se le van á abrir, para acordarse solo de la tierra que abandona. En verdad la culpa no es de nuestro Señor, pues diariamente en la Eucaristía nos ofrece, como ofreció en el Calvario, el modelo de una muerte cristiana, dando allí en el Sacramento del altar buena prueba de amor á los suyos hasta el fin, pues con inmolarse diariamente por ellos y por la gloria de su Padre en medio de un abandono universal, les da una leccion la mas expresiva de desprendimiento, de amor reciproco, y de confianza en Dios.

Jesucristo no solo es el modelo de todas las edades, sino tambien de todos los estados. Conforme Dios imprimió á cada criatura algunos caracteres de su divinidad, algunos vestigios de sus adorables

perfecciones, así también quiso que cada profesion representara algunas de las cualidades y perfecciones del nuevo Adán, y de esta manera el Señor es el modelo de todos los estados, porque todos se reúnen en él, porque es el *Hombre*, el hombre bajo todos sus aspectos y en todas las condiciones. Él es quien coloca á cada cual en su estado, queriendo que todos en su estado participen de sus propias disposiciones y sentimientos.

A los obispos y sacerdotes los hace participes de su *sacerdocio*; porque es sacerdote supremo, y quiere que al igual que él sean llamados á esta insigne dignidad por Dios y no por los hombres; quiere que representen al mundo su perfecta santidad, y sean cual él santos sin tacha, diversos de los pecadores, humildes y mas desapegados de las criaturas que el comun de los cristianos; quiere que como él sean la luz del mundo, la sal de la tierra y el consuelo de todos los afligidos; quiere que como él carguen sobre sí los pecados del pueblo y hagan penitencia de ellos sin contaminarse con su corrupcion, que velen por cada oveja del rebaño puesto á su cuidado, alimentándola con el pan de la palabra y de los Sacramentos, dispuestos á dar su vida por salvarla del pecado y del infierno. Todos estos ejemplos se los da á los sacerdotes sin cesar en su vida eucarística.

A los reyes los hace participes de su *autoridad*, porque es Rey. Esta cualidad la tomó de sí, y también le fué dada porque ocupó el trono de David su padre, y san Juan le vió llevando este gran nombre impreso en su vestidura: *Rey de los reyes, Señor de los señores*¹; valiéndose de su supremacia para derribar el imperio del demonio y establecer el de Dios. También quiere que los reyes de la tierra se valgan de su supremacia para los mismos fines bajo su dependencia inmediata, respetándole á él como á su Dios y Soberano, rindiéndole vasallaje, sometiéndosele, y obedeciendo sus leyes, conforme él obedece las de su Padre; quiere que cual él gobiernen á los pueblos segun las reglas inmutables de la justicia eterna y de la sabiduría divina; quiere que cual él defiendan á sus súbditos, protejan á los inocentes, se asuman la causa de los pequeños, de los débiles y de los oprimidos, sin dejarse supeditar por la lisonja de los que les rodean, y finalmente que estén dispuestos á morir cual él,

¹ Apoc. XIX, 16.

si preciso fuere, por la salud de su pueblo. Todos estos ejemplos se los da á los reyes sin cesar en su vida eucarística. A los padres y madres los hace participes de su *paternidad*. El nuevo Adán contrajo una alianza inefable con la Iglesia, tomando el título de esposo suyo y dándole en cambio el de esposa; asimismo quiere que los casados figuren en su enlace la union perfectamente santa que existe entre él y su Iglesia; quiere que los esposos amen á sus esposas como él amó á la Iglesia, hasta aceptar la muerte para santificarla y conservarla libre de mancha y de arruga; quiere que las esposas amen á sus maridos cual la Iglesia le quiere á él, estándole sujetas cual lo está la Iglesia al divino Consorte; quiere que al igual suyo y de la Iglesia esposos y esposas no sean sino una cosa en espíritu y en corazón, por la identidad de sus sentimientos á fin de cooperar á su santificacion reciproca y á la de su familia, y honrar en toda su conducta el consorcio y alianza del Hijo de Dios con nuestra naturaleza, y el de Jesucristo con su Iglesia.

Quiso tomar la cualidad de Padre de los cristianos, siéndolo en efecto espiritualmente, y tener hijos adoptivos de quienes es madre la Iglesia; quiere que los padres y madres estimen á sus hijos con un afecto santo, conforme él y la Iglesia quieren á los suyos; quiere que dediquen sus desvelos á conservar en ellos la vida espiritual que recibieron en el Bautismo, ó á ayudarles á recobrarla cuando por desdicha la perdieren, cual él y la Iglesia hacen con los suyos; quiere que los padres y madres enseñen á sus hijos á renunciarse á sí propios, á llevar cada dia su cruz, á despreciar los bienes mundanos y lo que se llama grandes fortunas, cual él y la Iglesia se lo enseñaron á los suyos. Todos estos ejemplos el Salvador los da sin cesar á los esposos y esposas en su vida eucarística.

De los pobres exige que representen su *pobreza*. El nuevo Adán quiso nacer, vivir y morir pobre, eligiendo un estado tan opuesto al espíritu del mundo como el mas conducente á reparar los estragos que el apego á los bienes terrenos causaba entre los hombres, y para enseñarnos á despreciarlos y á cifrar nuestra dicha en la posesion de los espirituales. Quiso ser el primero entre los pobres, el caudillo y amigo de ellos; quiere que los pobres á su ejemplo lleven con amor y paciencia su pobreza sin murmurar contra la Providencia, aceptando apaciblemente todas las penas inherentes á su

situacion; quiere que á ejemplo suyo se esfuerzen á ganarse la vida por medio del trabajo, y si despues de procurarlo con ahinco continúan siendo miserables, quiere que al igual de él reciban agradecidos y sin ruborizarse las limosnas de sus hermanos; quiere que á ejemplo suyo no ambicionen salir de su estado para hacerse ricos y poderosos en la tierra, pues él huyó el cuerpo cuando trataron de nombrarle Rey, asegurándonos el Apóstol que los que aspiran á ser ricos quedan envueltos en la tentacion y en las redes del demonio por medio de deseos insensatos y desastrosos que los hunden en el abismo de su perdicion¹. Todos estos ejemplos el Salvador se los da sin cesar á los pobres en su vida eucarística.

Quiere asimismo que las vírgenes representen su *virginidad*. El nuevo Adan proponiéndose rescatar al mundo, eligió el estado de virginidad con preferencia á otro, por ser el mas santo, el mas perfecto, el mas apropiado á las funciones verdaderamente divinas de su ministerio, y el mas conforme á su propósito de desviar á los hombres de los placeres sensuales, origen harto comun de los desórdenes que reinan en el mundo. Quiere que las vírgenes aprendan de él cuánto amor han de tener á esta virtud, y de qué manera han de vivir en su estado; y para indicarles lo mucho que ama la virginidad quiso se formase su cuerpo de la sangre de una Virgen, consagrando á Dios Padre en el seno mismo de esta Virgen su cuerpo y alma como hostia santa é inmaculada para rescatar á los hombres por el sacrificio de una víctima virgen; quiere que á ejemplo suyo las vírgenes se tengan por consagradas á Dios al objeto de servirle á él solo y honrar la santidad é infinita pureza de su divina persona; quiere que á ejemplo suyo vivan cual ángeles en un cuerpo mortal, como si no tuvieran ojos mas que para mirar al cielo, oídos sino para oír la palabra de Dios, lengua sino para orar y pregonar sus grandezas, corazon sino para amarle, y finalmente cuerpo sino para ofrecérselo á manera de hostia sacrificada por la penitencia y la mortificacion. Todos estos ejemplos el Salvador se los da sin cesar á las vírgenes en su vida eucarística.

Quiere no menos que las personas perseguidas representen sus *virtudes* en medio de las persecuciones. El nuevo Adan, cuya doctrina y vida se oponian del todo á las del mundo, fué despreciado, odiado, perseguido por el mundo, recibiendo en cambio de sus be-

¹ I Tim. vi, 9.

neficios ingratitud, en cambio de sus milagros blasfemias, en cambio de su doctrina censuras. Contradecido en vida y despues de su muerte, lo será hasta el fin de los tiempos en la Eucaristía y en todos sus miembros. Por herencia nos dejó su cruz, la cual quiere que llevemos como él: quiere además que á ejemplo suyo permanezcamos en medio de nuestras penas, tranquilos como la oveja conducida al matadero, y que no abramos la boca para quejarnos mas que el cordero ante el que lo trasquila²; quiere que no atribuyamos nuestros quebrantos á nuestros perseguidores, sino á la potestad y justicia de Dios, diciendo conforme él decia á Pilatos: *Ningun poder tendrias sobre mi, si no te hubiese sido dado de lo alto*; quiere que á ejemplo suyo tengamos soló para los que nos dañan bendiciones en los labios y caridad en el corazon, sabiendo que él oró por sus verdugos. Todos estos ejemplos el Salvador nos los da sin cesar en su vida eucarística.

En resúmen, el nuevo Adan es el modelo de los hombres en todos sus actos y dichos, y su vida se compendia en estas palabras: *Todo lo hizo bien*. Su deseo es que nos apliquemos á hacer debidamente todo lo que diariamente practicamos, pues en ello vincula nuestra salud y perfeccion. Mas para que nuestros actos merezcan el cielo requiérense cuatro condiciones: 1.º pureza de intencion, 2.º bondad de accion, 3.º circunstancias oportunas, 4.º estado de gracia.

Por tanto, el fruto primero de nuestra union con el nuevo Adan es hacernos vivir á semejanza de él en la tierra; hacernos perfectos como perfecto es nuestro Padre celestial, y asegurar por este medio nuestra dicha, en cuanto sea compatible con las miserias inseparables de un destierro.

El segundo fruto será hacernos vivir de su vida gloriosa en el cielo. Al igual que el nuevo Adan, somos reyes, y si en la tierra llevamos como él llevó una corona de espinas, en el cielo la llevaremos, como él la lleva, de gloria; si en la tierra le semejamos en santidad, en el cielo le semejarémos en la participacion de su bienaventuranza. Si, *la consumacion del hombre en Dios, durante una eternidad*, tal es el término de la Religion y la última expresion de todas las cosas: lo que sea esta vida de gloria, cuyo principio es la vida de gracia, ensayamos explicarlo en el *Resúmen general* puesto

¹ Act. viii, 32.

² Joan. xix, 11.

al fin del Catecismo, á donde remitimos para el complemento de esta leccion.

Oración LVII.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos dignado pasar por todos los estados, al objeto de santificarlos, y enseñarme á conducirme santamente en ellos: hacedme la gracia de que cumpla debidamente los deberes propios de mi vocacion particular, á fin de que en la eternidad participe de vuestra gloria:

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero llenar debidamente mis diarias obligaciones.

1.º Del pecado en general. — Una sola cosa rompió la union primera del hombre con Dios, atrayendo sobre el mundo ese diluvio de males que lo inundan: el pecado; aquella union sin embargo fué restablecida por el nuevo Adán que la cimentó en su divina sangre, y solo una cosa puede volver á romperla: el pecado. El Salvador no cesó de instruir á los Apóstoles sobre el particular, y su vida entera, sus trabajos, sus padecimientos, su muerte, los Sacramentos que acababa de instituir, todo pregonaba altamente la verdad de que el Hijo del Hombre vino al mundo solo para desterrar el pecado é impedir su renovacion. Hablemos, pues, á ejemplo suyo de este mal espantoso, no tanto para que se conozca, como para que se abomine.

El pecado es una desobediencia voluntaria á la ley de Dios, ó segun dice san Agustin, una palabra, un acto, un deseo contra la eterna ley¹. Llámasele *pecado* y no vicio, porque media gran diferencia entre una cosa y otra: el vicio supone un hábito; el pecado es el acto proveniente de este hábito. Las tres voces, *palabra, acto, deseo*, encierran las diversas clases de pecados, y sus instrumentos, la lengua, la mano y el corazon. Dícese *contra la eterna ley*, para indicar la regla inmutable del bien y del mal, porque esta ley eterna es el principio de todas las naturales, positivas, divinas ó humanas, las cuales toman su valor y fuerza de su conformidad con la eterna.

¹ Peccatum est dictum, vel factum, vel concupitum contra legem æternam. (Contra Faust. lib. XXII).

LECCION LVII.

DE LO QUE PUEDE ROMPER NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADÁN. — DEL PECADO.

Qué es el pecado. — Pecado original. — Actual. — Mortal y venial. — Qué es lo que hace mortal un pecado. — Enormidad del pecado mortal en sí mismo, en sus efectos y en sus castigos. — Gravedad del pecado venial. — Pecados capitales. — Pecados contra el Espíritu Santo. — Pecados que claman venganza al cielo. — Virtudes opuestas. — Pasiones.

1.º Del pecado en general. — Una sola cosa rompió la union primera del hombre con Dios, atrayendo sobre el mundo ese diluvio de males que lo inundan: el pecado; aquella union sin embargo fué restablecida por el nuevo Adán que la cimentó en su divina sangre, y solo una cosa puede volver á romperla: el pecado. El Salvador no cesó de instruir á los Apóstoles sobre el particular; y su vida entera, sus trabajos, sus padecimientos, su muerte, los Sacramentos que acababa de instituir, todo pregonaba altamente la verdad de que el Hijo del Hombre vino al mundo solo para desterrar el pecado é impedir su renovacion. Hablemos, pues, á ejemplo suyo de este mal espantoso, no tanto para que se conozca, como para que se abomine.

El pecado es una desobediencia voluntaria á la ley de Dios, ó segun dice san Agustin, una palabra, un acto, un deseo contra la eterna ley¹. Llámasele *pecado* y no vicio, porque media gran diferencia entre una cosa y otra: el vicio supone un hábito; el pecado es el acto proveniente de este hábito. Las tres voces, *palabra, acto, deseo*, encierran las diversas clases de pecados, y sus instrumentos, la lengua, la mano y el corazon. Dícese *contra la eterna ley*, para indicar la regla inmutable del bien y del mal, porque esta ley eterna es el principio de todas las naturales, positivas, divinas ó humanas, las cuales toman su valor y fuerza de su conformidad con la eterna.

¹ Peccatum est dictum, vel factum, vel concupitum contra legem æternam. (Contra Faust. lib. XXII).